

Ponderando distancias entre la sobrevivencia y la existencia.  
Una reseña de *Gabriel(a)*, novela corta de Raúl Vallejo

por  
Michael Handelsman  
University of Tennessee

“La felicidad es un instante; el resto de la vida es tan solo sobrevivencia”.

—Raúl Vallejo, *Gabriel(a)*, 219

Resumen

En general, *Gabriel(a)* es la historia de una mujer transexua, nacida en Guayaquil, que vive en Quito, que se enamora de un hombre y sueña con ser aceptada como persona sin calificativos y sin restricciones. Vallejo toma ese sueño/deseo y lo convierte en una suerte de palimpsesto que exige una mirada capaz de contemplar varias perspectivas y experiencias a la vez, pero sin perder de vista su unicidad. Es decir, el retrato de Gabriela se rebasa a sí mismo ya que su historia no le pertenece solo a ella. Por eso, en esta reseña propongo que una posible lectura de esta obra pertenece a una tradición de narrativa alegórica con raíces en el romance nacional latinoamericano del siglo XIX.

Palabras clave: Transexualidad, existencia, alegoría (pluri)nacional, senti-pensar, lógica otra.

Raúl Vallejo (1959) es un escritor multifacético del Ecuador con una trayectoria de creación y pensamiento de más de treinta años, y me atrevería a decir que su producción literaria todavía tiene para largo. Novelista, ensayista y poeta ya con numerosos premios nacionales e internacionales a su haber, Vallejo volvió recientemente a deleitar a sus lectores con una nueva novela, esta vez una novela corta ganadora del Premio de Novela Corta Miguel Donoso Pareja (2018).<sup>1</sup> En general, *Gabriel(a)* es la historia de una mujer transexual, nacida en Guayaquil, que vive en Quito, que se enamora de un hombre y sueña con ser aceptada como persona sin calificativos y sin restricciones: “Yo no quiero que necesariamente entiendan mi forma de ser. De verdad, lo único que pretendo es que las personas me respeten” (108). Vallejo toma ese

---

<sup>1</sup> Raúl Vallejo, *Gabriel(a)* (Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial, 2019); todas las citas sacadas de esta novela se señalarán entre paréntesis al final de dichas citas.

sueño/deseo y lo convierte en una suerte de palimpsesto que exige una mirada capaz de contemplar varias perspectivas y experiencias a la vez, pero sin perder de vista su unicidad. Es decir, el retrato de Gabriela se rebasa a sí mismo ya que su historia no le pertenece solo a ella.

En un sentido, Gabriela evoca a aquella “doble y única mujer” de Pablo Palacio, sobre todo cuando ella explica: “Soy este cuerpo que un día fue otro cuerpo que mi alma rechazó [. . .]. Un cuerpo del pasado que aun permanece en mí, que es un fragmento de mí y que también me define” (173). Y para que no haya duda con respecto a esa doble y única persona, su novio que se llama Miguel se pregunta: “¿Cómo racionalizar el sentirme seducido por un cuerpo cuya sexualidad es única y es doble al mismo tiempo?” (174).

Tal vez la clave para comprender los múltiples significados de Gabriela se encuentra en la libreta de Pepe Bruno, el dueño del bar llamado *Socios* del sector de la Mariscal de Quito. En realidad, la libreta constituye un registro de todas las amigas trans del bar que han sido asesinadas o agredidas. Con cada nueva tragedia, Pepe “saca la libretita de tapas negras y, llorando sin pudor alguno, anota con su caligrafía delicada [. . .]” (160). En efecto, la historia elaborada acerca de Gabriela y el registro de las amigas desaparecidas se complementan. Mientras que la de Gabriela sirve de testimonio simultáneamente personal y colectivo de haber existido como persona(s) capa(z)ces de amar y sentir, la libreta de Pepe Bruno amenaza de ser un ineludible destino de la no existencia donde todas—incluyendo potencialmente a Gabriela—se pierden violentamente en un eterno olvido y anonimato.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> La tragedia que la comunidad transexual—y la comunidad GLBTQ+, en general—vive no conoce fronteras nacionales. Al comenzar a escribir esta reseña, leí en el *NY Times* del 22 de septiembre del 2019 que este año en los EEUU por lo menos dieciocho personas transexuales, la mayoría mujeres trans de color, habían sido asesinadas como parte de una ola de violencia de tal magnitud que la Asociación Médica Americana ha declarado una epidémica. Es de notar que defensores de la comunidad transexual han reconocido que los datos duros no logran captar la gravedad de la situación precisamente porque la información que viene de las autoridades del orden público puede ser incompleta con respecto a los muchos crímenes no reportados (“18 Transgender Killings This Year Raise Fears of an ‘Epidemic’”).

Curiosamente, el epígrafe con que inicié esta breve reseña cierra la novela y me hace pensar que la verdadera lucha de Gabriela y de todas las compañeras trans es por existir y no solo por conformarse con sobrevivir. Por supuesto, las condiciones tan terribles y violentas en que viven parecen conducir las fatalmente a aquella libreta de Pepe Bruno. Sin embargo, el amor entre Gabriela y Miguel, por más difícil e imposible que parezca, representa la posibilidad de una existencia que equivale a vivir en vez de sobrevivir o perdurar hasta que le toque a una ser reducida a un nombre—entre muchos otros—marcado con “la caligrafía delicada” de Pepe.

De modo que, Vallejo estructura su novela alrededor de varios puntos de vista que a veces convergen y a veces chocan; es decir, Gabriel(a) oscila entre momentos de acercamiento y distanciamiento, entre una posible existencia como persona y una muy real sobrevivencia permanentemente en riesgo. Profundamente consciente de su dilema existencial, Gabriela se mueve anímicamente entre la euforia y el escepticismo. Por eso, durante una conversación con Miguel, mientras este celebra el cumpleaños de su novia con un brindis de “Que tu cumpleaños sea un pretexto para celebrar la vida”, Gabriela responde: “Esta noche me siento feliz a pesar de los problemas que no tienen solución” (68). Por su parte, Miguel contesta ingenuamente que “Todo tiene solución, menos la muerte”, y Gabriela se muestra más escéptica advirtiendo que “Hay asuntos muy cercanos a mí que no tienen solución” (69).

¿Será la relación de Gabriela con Miguel definitivamente un amor fatal parecido al de aquellos personajes del siglo XIX como María, Cumandá, Sab o Cecilia Valdés? La referencia no es ociosa puesto que Vallejo como ensayista e investigador de la literatura latinoamericana conoce muy bien el panorama literario del continente y sabe alimentarse creativamente de ello. Si bien las novelas precursoras examinaban el amor imposible debido a causas como las diferencias de raza y clase social, Vallejo retoma la tradición romántica e inserta en ella el tema

del género (trans)sexual, poniendo de relieve la turbulencia de una contemporaneidad en transición y con miras hacia la posibilidad de repensarse y resignificar el sentido mismo del amor y su lugar en la (re)construcción de las naciones del siglo XXI.

Se recordará que muchas novelas del siglo XIX también participaban en los debates acerca de la fundación de las naciones emergentes de América Latina y, según Doris Sommer en su *Foundational Fictions* (1991), aquellos romances servían alegóricamente, combinando patriotismo y heterosexualidad como baluartes de las nuevas naciones. Vallejo parece recoger este tropo y lo deconstruye de tal forma que su nuevo romance nacional pone en jaque el sentido mismo de la familia, sea esta a nivel de la pareja o de una (pluri)nación destinada a reconfigurar los deslindes de una humanidad en espera de su plenitud. Mientras que las novelas decimonónicas señalaban la necesidad de primero sacrificar a algunos amantes no socialmente convencionales antes de poder consolidarse las deseadas naciones imaginadas desde un mestizaje bastante ambiguo y todavía en ciernes, los lectores de Vallejo han de preguntarse si *Gabriel(a)* funciona de la misma manera. Es decir, ¿les espera a Gabriela y a Miguel el sacrificio alegórico requerido antes de realizarse plenamente una inclusividad sociocultural que no conozca límites de género?

No estará de más citar aquí a Gabriela después de que Miguel le confiesa que todavía tenía miedo anunciar a su familia y a sus amigos “que tengo una relación homosexual” (76). Gabriela toma la palabra, rompiendo rancios conceptos y significados de identidad sexual, y declara:

Yo no soy homosexual, Miguel. Yo siento, pienso y actúo de manera femenina; la única diferencia con una mujer es que yo aun tengo pene [. . . ].  
No soy un hombre al que le gustan los hombres. Yo soy una mujer con pene.

No me atraen ni los gays, ni otras mujeres. Me gustas tú. Te quiero a ti,  
Miguel. (76)

¿Será esta declaración de Gabriela una propuesta de su plenitud como persona, de su derecho a la existencia como persona y no solo a una tenue sobrevivencia? ¿Habrán registrado ya Pepe Bruno suficientes nombres de sacrificadas en su libreta para que Gabriela—y Miguel, también— alcance(n) un espacio libre de hostilidades?

Sin duda alguna, uno de los aciertos de Vallejo en esta novela corta es haber transformado un encuentro accidental que ocurrió una noche en un bar a un drama humano con implicaciones colectivamente epistémicas, y personificadas en la figura de Miguel. Concretamente, poco después de que su novia lo había abandonado por otro, unos amigos decidieron llevarlo a *Socios*, un bar nocturno frecuentado por la comunidad GLBTQ+ y, así, distraerse y desahogarse emocionalmente. Según Miguel, en uno de sus momentos de introspección: “[. . .] lo que yo quería aquella noche era tan solo olvidarme de Ana María. [. . . Yo] me sentía el cornudo más imbécil del universo. [. . .] Nada mejor que experimentar algo diferente para curar la decepción amorosa, me dijo Pablo aquella noche. Parece que la novedad se ha convertido en la medicina favorita de los curanderos de esta época” (46).

Pero, lo que comenzó como una aventura pasajera de poca importancia, pronto se convertiría en un proceso de repensarse como persona heterosexual. En efecto, Miguel descubriría “nuevas sensaciones” (45) que lo encaminaban hacia la posibilidad de un senti-pensar hasta entonces desconocido. Confundido e intrigado al mismo tiempo, Miguel buscaba explicaciones:

¿Qué me ocurrió en tan solo unas horas para que me sintiera atraído por ese par de travestis? El deslumbramiento me hizo tambalear [. . .]. ¿Qué había estado oculto en qué profundidades de mí mismo que de pronto

apareció en la superficie de la noche? (47)

A lo largo de la novela, Miguel lidia con estas preguntas y, en la medida en que su relación con Gabriela se intensifica, él se esfuerza por encontrar las respuestas capaces de volverlo a un estado interior elusivamente armónico.

Lamentablemente, hemos de comprender que esa deseada armonía es imposible en las circunstancias en que Gabriela y Miguel (y nosotrxs, lxs lectores) viven/vivimos. De hecho, después de haberse casado en el bar *Socios*—por lo menos simbólicamente<sup>3</sup>—y, luego de una apasionada noche de luna de miel, los dos tratan de ajustarse a lo tenue de su amor: “Nada romperá la armonía del amanecer dominical, aunque ambos sepan, en su afligida inteligencia, que la crueldad del mundo no les dará tregua” (219).

Esta conclusión, claro está, no constituye una novedad para Gabriela; hace tiempo que ella había tomado la decisión de desprenderse de un cuerpo que nunca fue de ella realmente. Además, Gabriela comprendía que ese desprendimiento conllevaba la creación de una lógica otra y contraria a las normativas sociales predominantes e impuestas colonial y heteronormativamente. Por eso, cuando Miguel confiesa que no sabe qué decirles a sus padres, Gabriela responde que “Es difícil que la gente entienda lo que palpita en nuestro corazón, puesto que no calzamos en la norma. [. . .] Diles, sencillamente, que te has enamorado de una persona; explícales que no te has enamorado de un género . . .” (213).

Un aspecto importante de esta relación de Gabriela con Miguel tiene que ver con un necesario desaprendizaje como proceso de humanización o, tal vez como una suerte de rito de iniciación, que Miguel asume paulatinamente y con no poca dificultad e incertidumbre. La ansiedad que él siente ante la necesidad de presentar a Gabriela a su familia y a sus amistades no

---

<sup>3</sup> Se aprobó el matrimonio igualitario en el Ecuador en junio del 2019, un año después de que *Gabriel(a)* fue premiada en el 2018.

ha de sorprendernos a nosotros, los lectores. En realidad, el mayor desafío para Miguel radica justamente en el senti-pensar, en aceptar a Gabriela como persona y no como género o como una rareza. De hecho, varias veces en la novela Gabriela reclama esa aceptación. Por ejemplo, después de perder su trabajo por razones discriminatorias, comparte con Miguel su decepción: “Para ellos no soy una persona, sino un objeto sexual exótico” (125). Anteriormente, ya le había contado que “aun las personas que son amables conmigo me tratan como si yo fuera un bicho raro” (64). En otra ocasión, una voz narrativa señala que “La atormenta esa sensación de pedir permiso por ser lo que es [. . .]” (99). Luego, se lee que “solo quiere que Miguel la consienta sin juzgarla, sin pedirle explicaciones racionales, sin exigirle una narración ordenada de lo que sucedió” (99).

Indudablemente, Gabriela y Miguel como pareja viven un constante vaivén entre acercamientos y distanciamientos y, además de la violencia institucionalizada contra las personas trans en particular, el mayor obstáculo a su felicidad radica en una racionalidad que Miguel no puede superar todavía. Concretamente, en aquellos momentos cuando Gabriela confronta abiertamente a los que la ofenden, tanto por sus acciones agresivas como por sus palabras y gestos más sutiles, Miguel trata de controlarla y dizque protegerla. Pero la reacción de Gabriela es contundente: “Solo te pedí que me comprendieras en mis rollos y me aceptaras tal como soy” (108). La frustración de ambos se patentiza cuando Gabriela le advierte a Miguel que “Es imposible [. . .] que te pongas en mi lugar” (98). Después de que Miguel le responde que “Intento sentir lo que estás sintiendo” (98), con no poca tristeza Gabriela lamenta: “Es más difícil que si intentaras domesticar unicornios” (98).

De nuevo vuelvo a sugerir que *Gabriel(a)* pertenece a esa tradición de narrativa alegórica con miras hacia la construcción de una (pluri)nación otra más que una alternativa. A nivel de la

pareja de Gabriela y Miguel, Vallejo invita a los lectores a ponderar la formación de una familia otra, no como modelo absoluto, sino como una relación legítimamente integral a un conjunto social verdaderamente incluyente e intercultural. En términos alegóricos, Gabriela consta(ría) como un senti-pensar insurgente mientras que Miguel representa(ría) la tradición enfrentada por inevitables cambios socio-epistémicos todavía por definirse. Según esa lectura, se comprenderá también la función narrativa de los otros personajes que rodean a la pareja y la sumergen en un remolino de tensiones que oscilan entre el orden y el desorden. El principal reto para Miguel—y simbólicamente para la sociedad mayoritaria y muchos de nosotros, los lectores—es superar esa lógica binaria y pensarse/nos integralmente como personas sin calificativos, precisamente como Gabriela reclama: “lo que queremos, justamente, es vivir como una familia” (171).

Pero nada de simplismos o castillos en el aire. Como Gabriela puntualiza, y aquí termino: “Soy mi cuerpo y su dolor de ser dos cuerpos en conflicto y, al mismo tiempo, dos naturalezas que se complementan. Soy un interrogante con respuestas diversas” (174). Y esta novela corta, también, sirve de “interrogante con respuestas”, un motivo más para felicitar a Raúl Vallejo por ofrecernos una nueva oportunidad de reflexión y autoanálisis.